

GREGORIOS

PRÓLOGO

Suele decirse que el inventor de la greguería es Ramón Gómez de la Serna (Ramón a secas, para el amigo lector). Este aserto sería mucho más convincente si el autor se hubiera llamado, por ejemplo, Gregorio. No de otro modo el conde de Sandwich da su nombra a dichas rebanadas de pan con algún fiambre dentro. Pero no. La greguería se inventó ya hace varios siglos, solamente que, como aquel burgués que hablaba en prosa sin saberlo, nadie tuvo la ocurrencia de sacar las perlas fuera de la ostra. Cuando Pascal nos dice que los ríos “son caminos que andan” escribe una greguería *avant la lettre*. Y, desde entonces, otros muchos gregarios continuarán formando la congregación de cultivadores de este minúsculo género literario: metáfora con una pincelada de humor.

El rayo es la cicatriz eléctrica del cielo.

Aunque la colilla muera pisoteada
muere matando al fumador.

La Anécdota es el docto acné en el
cutis de la Categoría.

Si el tricornio tiene tres picos y el
birrete cuatro puntas es porque las
letras valen más que las armas.

Todos los *excelentísimos* cuando cesan
en su cargo se llevan a su casa sólo la
“ex” de la primera sílaba.

Pentagrama: pájaros en el tendido
eléctrico.

Cuando damos un beso al aire se nos
pone la cara de besugos.

Sin guardar la distancia se puede produ
cir un choque en cadena

Disciplen las molestias: algunas vocal s
han ido al baño.

Sin el viento las banderas decaen en
su patriotismo.

Ser del sur es una errata geográfica.

Parece mentira que toda la metafísica
trascendental cuelgue de la chincheta
del monosílabo “ser”.

Los hombres racionales son tan
escasos que la naturaleza reparte la
razón en pequeñas raciones.

El hipo es el morse telegráfico de la
mala digestión.

Si en el hipo nos salta el estómago es
porque recuerda sus tiempos en la
escuela de hípica.

Las chapas son las boinas de las
cervezas y el corcho el sombrero de
copa del champán.

El tren es un sátiro que le abre la cremallera al paisaje.

Quien juega con juego acaba quejándose y quien juega con fuego acaba quemándose.

Aquellos que se revientan una espinilla realizan un experimento volcánico en pequeño.

Las polis griegas polinizaron la cultura helena en el mediterráneo.

La luna es la calderilla de los poetas en bancarrota.

El monóculo es la media gafa de los aristócratas venidos a menos.

La crítica no es sólo cítrica porque sea ácida sino porque da un puñetazo en la mesa haciendo saltar las fichas de las letras.

La ventana es la televisión de los
pobres.

Los balcones colgantes son los botes
salvavidas de los edificios en llamas.

El erupcto nos parece que ha puesto
punto final a la comida.

Las iglesias de cruz latina esperan al
último fiel para despegar al cielo.

A cada cual lo suyo: el Padre es
nuestro, pero Dios es mío.

El abad es el que corta el abadejo en
la abadía.

El huevo frito es la demostración
culinaria de la teoría heliocéntrica.

El enamorado que deshoja los pétalos
juega a la ruleta rusa del amor.

El cocodrilo nos parece que ha sido aplastado por un hipopótamo.

La jirafa es la fisgona del zoológico.

Los pronombres personales *yo* y *tú* no tienen sexo porque estando tan cerca saltan a la vista los atributos sexuales.

Todavía no ha salido petróleo de la torre Eiffel

El sueño secreto de toda calle es convertirse en bulevar.

El cenicero es una urna funeraria pagada en plazos.

El mejor momento para el escritor es cuando la lluvia teclea.

Los murciélagos son los bigotes voladores de la noche.

Aquel yate le planchaba la raya del pantalón al horizonte.

Las mariposas son las anarquistas de la aviación.

Curiosa paradoja: la fiebre del escritor hace descender la columna de tinta del termómetro.

El mango del paraguas es curvo porque siempre nos interrogamos si va a llover.

Aunque un escritor loco arrojase un disolvente sobre el diccionario siempre nos quedará el residuo de los monosílabos.

Un tenedor de cinco púas es la máxima categoría en la gastronomía.

La siesta es un cortocircuito de la vida más breve que el sueño.

El contenido del paréntesis siempre será un misterio para el resto de la frase.

Tenemos miedo de la muerte porque no la conocemos bien.

Si no fuese por la raya del horizonte no sabríamos distinguir el pantalón azul marino del azul celeste.

En sus parábolas Jesús no habla nunca de carpintería: nadie es profeta en su oficio.

Si leyésemos como los judíos banqueros sabríamos que hasta los cerros a la izquierda valen dinero.

El corbatín es una lengua de repuesto para los muy deslenguados.

Los bancos de las iglesias son de madera para que las posaderas nos recuerden el ascetismo cristiano.

Cuando el inglés traduce con
monosílabos los polisílabos alemanes
algún impresor se está llevando el
ahorro de tinta.

El tic-tac del reloj es la cojera del
tiempo cuando transcurre lento.

Las metralletas sueltan una trágica
carcajada.

El reloj de sol hace huelga los días
nublados.

La piel de las vacas nos parece hecha
de copos de chocolate con leche.

En los bolígrafos atados con cadena
entran en conflicto el derecho de
propiedad y la libertad de expresión.

El escándalo sería menos
escáaaaandaloso si no le picase el
aguijón de la tilde beata.

Los peces son los únicos animales que posan siempre de perfil.

El gallo aventaja al reloj despertador en que si no da la hora se puede hacerlo en pepitoria.

Las personas virtuosas solamente pecan en días alternos para no sobrecargar la burocracia infernal.

El turbante del musulmán parece indicar que le ha caído sobre la cabeza la piedra negra de la Meca.

Proporción inversa: a medida que aumenta la duración del día se reduce la longitud de los pantalones.

Las farolas siempre respetan el espacio de luz ajeno.

Los soldados se ponen las botas con el botín de guerra.

Guardaos del mal juez bajo la peluca
de oveja.

El dólar es tentador porque su símbolo
\$ nos recuerda a la serpiente
enroscada en el árbol.

Es una deshonra para unos cubiertos
decentes que les salga una cucharilla
con bombo.

Hacer rebotar las piedras en la
sobrefaz de los ríos y lagos es el
antecedente del triple salto olímpico.

La clepsidra es más sensible que el
reloj de arena porque llora la pérdida
del tiempo.

Los relojes de sol, arena y agua son
relojes de turismo playero.

Todos los escritores exigentes
hubiesen querido ser jugadores de
baloncesto.

No sabemos si el turista bosteza en el museo por tener hambre, sueño o admiración.

Pablo Galindo Arlés, 28 de septiembre de 2017